CRONICA FELIZ DE UN FRACASO

Carmen Naranjo 1

 Escritora. Licenciada en Filología por la UCR. stábamos enfermos, terriblemente resfriados y no dejaba de llover y de llover. Las aguas no nos permitían salir para constatar la crecida del río y hasta que se nos vino encima con piedras y otros troncos nos dimos cuenta de su inmensidad y de su peligro. Salimos muy mojados y más enfermos que antes, vimos cómo lo que fue nuestra casa iba río abajo a la mayor velocidad.

Ya en el refugio, con ropa seca, una sopa adentro que nos hizo una señora buena y un tanto de medicina en el cuerpo, respiramos felices y optimistas. Había que empezar de nuevo. Papá dijo que debíamos irnos, que aquí no nos quería el río, dos veces nos desbarató el rancho y tres apenas nos deshizo el papal. A otro lado, ahí iremos, y lo expresó sin tristeza como si hubiéramos ganado algo del desastre. Pensé que por lo menos una decisión a tiempo tiene su valor.

Nos fuimos a un claro en la montaña, a cuidar unas vacas lecheras que a primera entrada parecían mansas y dulces pero eran de lo más matreras. Que lo digan las nalgas de todos, absolutamente moreteadas y Juan, el hermano menor, que una de improviso le quebró una costilla. Hablamos en la noche, alumbrados por una candela, de las mañas de esos animales y papá nos explicó que las vacas tenían su carácter, unas eran líderes y rebeldes, otras sumisas y tímidas que se dejaban llevar salvo los días en que amanecían

de mal genio y entonces se encabritaban, hacían lo que menos se pensaba, hasta morderle a cualquiera una mano. Además, las vacas no querían ser vacas, querían ser caballos para correr por ahí para librarse de que les jalaran las tetas en la madrugada y el atardecer. Están en su derecho, pensé yo.

Un día apareció una muerta y así sucesivamente se fueron todas. Una manada de terciopelos las mordieron cerca del riachuelo donde tomaban agua. Las descubrimos demasiado tarde cuando Juan tropezó con una de ellas y se murió al ratito. Lo velamos en el establo, invitamos a los vecinos y a pesar de que llorábamos y llorábamos no estábamos tristes. A Juancito no le iba a ir bien en la vida, sólo veía con un ojo y la pierna derecha no le servía después de la parálisis.

Luego de lo sucedido, papá sintió la necesidad de otro sitio y nos fuimos muy juntos hacia el mar en donde soñábamos con un bote y unas redes para pescar. Llegamos cansados y con un calor en la espalda que pesaba como un saco de arena. Nos admiramos de ese horizonte lleno de agua, hasta allá, hasta el encuentro del cielo. ¡Qué movimiento, una ola detrás de otra! ¡Qué música, nada se estaba quieto! En la playa, en una hilera, frente al mar, cogidos de las manos, cada uno fue diciendo cosas muy lindas, verdaderamente emocionados.

Mamá arregló un rancho desocupado que encontramos y papá se fue a conseguir madera para el bote. Nosotros entre las rocas cogimos cangrejos y almejas para una buena sopa de mar, porque estábamos conscientes de que debíamos aprender a comer cosas diferentes.

A María, la menor de las hermanitas, se le prensó un pie entre las rocas, y nos apresuramos a ayudarla y no se va viniendo una ola inmensa que la desapareció en un segundo, delante de nuestros asustados ojos. No lloramos, no tuvimos tiempo, corrimos a avisar, pero no encontramos ni a mamá ni a papá. La marea había crecido, el rancho no estaba ahí y ninguno de los dos sabía nadar. Somos gente de montaña, las cosas que crecen y se hinchan nos asustan mucho.

Con tres de nosotros con el mar por sepultura, decidimos quedarnos a su lado para no entristecernos con su lejanía. En un otero cercano construi-

mos un rancho y un fogón. Advertidos del peligro de aquellas aguas, a veces realmente furiosas, aprendimos sobre las mareas, especialmente las resacas y las tormentas. No era un juego todo aquello, había que moverse con un ojo avisado y el otro para avisar.

Aprendimos muchas cosas en pocos días, sobre todo a esperar la calma cuando sobre las olas y el inmenso lomo del mar surgían luces brillantes y de repente un pez curioso asomaba la cabeza. Estábamos sanos, bien alimentados, muy negros los cuatro, nos habíamos acostum-

brado a los huevos de tortuga, a las sardinas, a los caracoles y los cangrejos. Nada más faltaba, gracias a Dios, y ni ropa necesitábamos. Además el mar de vez en cuando nos traía tesoros: una concha, un peine, un espejo roto, una sandalia, un pedazo de trapo, una botella, una lata.

Nos gustaba estar solos y muy juntos, inventábamos canciones y hasta llegábamos a formar una pequeña orquesta de ruidos, imitábamos el rugido del mar y el canto de algunas aves.

Sabíamos que los tiempos buenos no duran mucho, por eso estábamos siempre alertas, alertas y no tristes que la tristeza no nos agradaba ni nos sentaba bien.

Un día, siempre hay un día, apareció un jeep con dos tipos mal encarados que nos miraron con desconfianza y hostilidad, a nosotros que no le hacía-

mos mal a nadie, ni siquiera al mar que no era muy respetable, al fin y al cabo tenía en su seno tres de los nuestros.

Una semana después llegó la policía muy armada y en posición de combate. Nos gritaron que bajáramos del otero con los brazos en alto. Obedecimos seguros de que no éramos delincuentes. Nos pusieron esposas a los cuatro, hasta a la Teresita que era una alma de Dios.

Nos acusaron de ocupar una propiedad privada, de ser precaristas, huérfanos ilegales (hecho que todavía



no entendemos), niños rebeldes y —por supuesto— delincuentes. Hicimos nuestro alegato que fue una especie de crónica feliz de una derrota, pero apenas nos pusieron atención, ni nos creyeron. Todo tan vívido y tan real, tan acontecido y tan ajeno a aquellos policías ya programados con crímenes, contravenciones e infracciones.

Nos metieron en sus carros y nos trajeron a la capital, donde nos separaron: uno al reformatorio, otro a un centro de rehabilitación, el tercero a un hogarcito y el cuarto, que soy yo a un hospicio de huérfanos.

Y, sin embargo, no nos separaron, no lo lograron ni lograrán nunca.
Cada uno pensará en los otros y cada
otro en los demás. Fuimos, a pesar de
todo, un grupo junto que tuvo por
siempre un destino común: ser nosotros, un ente plural, felices a pesar de
todo. Nos extrañó, es cierto, ese empeño en separarnos tan absurdo, porque
nadie podía dividirnos. Sabíamos que
al final de los encierros y separaciones,
a su debido tiempo, cada quien llegaría
al otero, a hacer una vida común frente
al respetado mar.